

pota, la mujer una esclava, el niño una víctima.

CAPÍTULO XX

Resultado durable

I

Al dirigir vuestra mirada sobre el mundo, ¿qué es lo que veis? Ruinas y más ruinas: ruinas materiales y ruinas morales. Por todas partes se manifiesta lo que es el hombre en la fragilidad de sus obras. Cayó Babilonia; cayó Nínive; cayó Memfis. Cartago, Tebas, Esparta no existen ya. De Atenas y Corinto solamente quedan ruinas. La misma Roma, reina suprema de las naciones, á la que habían prometido los dioses la eternidad; Roma, que se persuadía de haber anonadado hasta el nombre cristiano, duerme sepultada con sus dioses y Césares, bajo las mutiladas ruinas de sus palacios y de sus templos.

II

¿Qué son ya las instituciones de los más célebres pueblos, los sistemas de los más renombrados filósofos, los códigos de los más sabios legisladores? ¿Dónde están las inteligencias que se alimentan y las sociedades que viven de ellos? Desconocidos del vulgo, sin autoridad, sin aplicación, simple objeto de curiosidad para el erudito, figuran estas obras maestras del genio entre los conocimientos humanos, casi casi como las momias egipcias en un museo de antigüedades.

Todo ha cambiado, todo ha desaparecido, todo ha muerto. Instituciones, sistemas, leyes, imperios se han hundido veinte veces al cabo de dieciocho siglos, para hacer lugar á otras instituciones, á otros sistemas, á otras leyes y á otros imperios que han sido á la vez derribados por creaciones no menos frágiles.

III

¿Sucederá lo mismo con el edificio levantado por los pescadores galileos? Dieciocho siglos de duración os responden: su obra está exenta de la caducidad de las cosas humanas. La revolución que obraron no es un cambio pasajero, que un siglo vió realizar, y el siguiente ve desaparecer. A diferencia de todos los demás acontecimientos consignados en la historia, la conversión del mundo al Cristianismo, es un hecho siempre subsistente. Fuera de él, todo es variedad, fragilidad, ruina.

IV

La sociedad fundada por el Judío crucificado, única, inmutable, no ha perdido ni uno solo de sus dogmas, ni una sola de sus leyes. El mundo civilizado vive todavía con sus doctrinas. Tan joven como al salir de la cuna, tan vigorosa como en los días de su adolescencia, desafía igualmen-

te la barbarie de los pueblos, el despotismo de los reyes, las tempestades de las pasiones agitadas, el hacha de los verdugos, los sofismas de la impiedad, los escándalos de sus propios hijos, y permanece de pie entre los esparcidos restos de todas las creaciones humanas.

¿Conocéis un acontecimiento que pueda explicarse menos por las enseñanzas de la historia ó por los datos de la ciencia?

CAPÍTULO XXI

Una suposición

I

Acabamos de leer en toda su simplicidad el hecho del establecimiento del Cristianismo, referido de común acuerdo por judíos, paganos y cristianos, todos testigos oculares. No le juzgamos, le hacemos constar. Únicamente, á fin de hacer resaltar lo que hay en

él de más sorprendente, vamos á resumirle en la suposición siguiente.

II

Trasladarémonos con el pensamiento al momento en que el Cristianismo apareció sobre la tierra, y supondremos con San Juan Crisóstomo, que un filósofo pagano se encuentra con el Hijo de María, al comenzar á predicar su doctrina. Jesús está solo, camina á pie, con un báculo en la mano, vestido como un obrero.

—¿Dónde vas?—le pregunta el filósofo.

—Voy á predicar mi doctrina.

—¿Qué pretendes al predicar por las poblaciones de la Judea, lo que llamas tu doctrina?

—Convertir al mundo.

—Hacer abandonar al mundo sus dioses, su religión, sus usos, sus costumbres, sus leyes para que adopte tus máximas:—¿serás, pues, más sabio que Sócrates, más elocuente que

Platón, que no pudo jamás imponer sus leyes á una sola aldea del Atica?

No me tengo por sabio.

III

—¿Quién eres pues?

—Se me conoce por el hijo de un pobre carpintero de Nazareth.

—¿Por qué medios secretos has preparado el resultado de tu empresa?

—Hasta ahora he pasado mi vida en el taller de mi padre, trabajando con él para ganar el pan de cada día. Hace algún tiempo que recorro el país. Algunos discípulos me siguen; á ellos confiaré el encargo de establecer mi doctrina entre las naciones.

IV

—¿Tus discípulos serán personas tan distinguidas por la nobleza de su linaje, como por la superioridad de su talento?

—Mis discípulos son doce pescadores que no conocen más que sus barcas y sus redes, doce judíos, y ya

sabéis lo que valen los judíos en la estimación de los demás pueblos.

—¿Entonces, contarás con la protección de algún poderoso monarca?

—Mis mayores enemigos serán los reyes y los grandes del mundo; todos se armarán para anonadar mi doctrina.

—¿Poseerás inmensas riquezas, y haciendo brillar el oro ante los ojos de los pueblos, te será fácil crearte adoradores?

—No tengo ni aun donde reposar mi cabeza. Pobres por su nacimiento, mis discípulos lo serán todavía más por mis órdenes. Como yo, vivirán de limosnas y del trabajo de sus manos.

V

—¿Fundas acaso en tu misma doctrina la esperanza del resultado?

—Mi doctrina descansa sobre misterios, que tendrán los hombres por locuras. Quiero, por ejemplo, que enseñen mis discípulos que yo he criado el cielo y la tierra, que soy Dios y hombre á la vez; que he muerto en

una cruz entre dos ladrones, porque en este suplicio habré de concluir mi vida. Añadirán que tres días después he resucitado y que me han visto subir al cielo.

VI

—¿Si tu doctrina es increíble, al menos será muy cómoda tu moral; ella halagará, sin duda, todas las pasiones?

—Mi moral combate todas las pasiones, condena todos los vicios, manda todas las virtudes, y castiga con suplicios eternos el solo pensamiento del mal.

—¿Prometerás magníficas recompensas á los que quieran abrazarla?

—En esta vida les prometo los desprecios, el odio del género humano, las prisiones, las hogueras, la muerte bajo todas sus formas; y después de ella, les hago esperar recompensas que la inteligencia humana no puede comprender.

VII

—¿En qué lugares y á qué hombres pretendes enseñar semejante filosofía? Acaso en algún rincón oscuro de tu pobre país, y á algunos ignorantes como esos á quienes llamas tus discípulos.

—Mi doctrina será predicada en Jerusalén delante de la Sinagoga; en Atenas ante el Areópago; en Roma en el palacio de los Césares; en todas partes en presencia de los reyes y de los pueblos, en las ciudades y en las campiñas, hasta las extremidades del mundo.

—¿Y te haces la ilusión de conseguir tu objeto?

VIII

—Sin duda alguna; al poco tiempo seré reconocido en todas partes como el solo Dios del cielo y de la tierra. El mundo va á cambiar de aspecto; caerán los ídolos, y acudirán de todas partes los pueblos á abrazar mi doc-

trina. Los mismos reyes se arrodillarán ante el instrumento de mi suplicio, y le colocarán sobre su corona como su mejor ornamento. Por doquiera tendré templos y altares, sacerdotes y adoradores. Acaso un día derramaréis vos mismo la sangre para atestiguar la divinidad de mi persona y la verdad de mi doctrina.

—¡Pobre idiota! tu sitio no es este, está en una casa de locos. Vuélvete, al menos, para no salir de allí jamás, al taller de tu padre. Tu proyecto es el colmo de la extravagancia.

IX

El filósofo tiene razón. A los ojos del sentido común, es el colmo de la locura, el intentar convertir al mundo con doce pescadores, en el siglo de Augusto y á despecho de todas las fuerzas humanas. Sin embargo, ahí está la historia, la historia profana para atestiguarlo; este intento ha sido llevado á cabo; lo ha sido de la mane-

ra y por los medios que Jesús había predicho, lo ha sido rápidamente.

Sobre este hecho siempre subsistente se apoya el CREDO del cristiano.

X

Cuando Proudhon, Renan, Strauss, Kardec, con toda la cáfila de incrédulos, filósofos ó espiritistas, antiguos y modernos, hayan destruído este hecho, podrán jactarse de haber derrumbado la base de nuestra fe. Hasta tanto, nos reiremos de sus ataques de pigmeos, y les devolveremos, pues les pertenecen con pleno derecho, las calificaciones de ignorancia, incredulidad é imbecilidad que nos dan gratuitamente.

XI

Si el filósofo de que acabamos de hablar apareciera hoy día en la tierra y viese como nosotros, la religión de Jesús de Nazareth, todavía dominando el mundo civilizado, ¿dudaría del milagro de su establecimiento? ¿No exclamaría lleno de admiración: Todo

esto es sobre las fuerzas humanas, todo esto es obra de Dios: *Incredibile ergo divinum?*

Sin embargo, antes de aceptar la explicación del filósofo, veamos si es posible encontrar otra. A fin de ayudarnos en este trabajo, comencemos por resumir los hechos que preceden.

CAPÍTULO XXII

Resumen y desenvolvimiento

I

Acabamos de referir el hecho del establecimiento del Cristianismo, como hubiéramos contado cualquier otro hecho, sin expresar ninguna opinión sobre la causa, humana ó divina, de la revolución más sorprendente que haya existido jamás. Sea como parte integrante, sea como consecuencia inmediata, esta revolución envuelve los hechos siguientes que nadie puede negar, sin cerrar los ojos á la luz, ó sin destruir toda certidumbre histórica.

II

PRIMER HECHO. Hace mil ochocientos años el mundo civilizado era pagano.

SEGUNDO HECHO. En la actualidad el mundo civilizado es cristiano.

TERCER HECHO. El tránsito del Paganismo al Cristianismo es obra de un hombre llamado Jesús de Nazareth, ayudado por doce pescadores.

CUARTO HECHO. Jesús Nazareno es un Judío crucificado.

QUINTO HECHO. Un Judío y un Judío crucificado, es todo lo que hay de más despreciable en la tierra.

SEXTO HECHO. Hace mil ochocientos años el mundo civilizado adora á este Judío crucificado. Lo ha hecho y lo hace libremente, sin ser compelido á ello por la fuerza, ni atraído por los halagos de los placeres ó de las riquezas.

III

SÉPTIMO HECHO. Por tener la dicha de adorar á este Judío crucifi-

cado, once millones de mártires, de todas las condiciones y de todos los países han aceptado alegremente la muerte, durante trescientos años, en medio de los más atroces suplicios. Millares de otros han seguido después su ejemplo, y le siguen en la actualidad, siempre que la ocasión se presenta.

Por tener la misma dicha, hombres y mujeres, de todas las edades, condiciones, países, en número incalculable, combaten diariamente y sin cesar sus más queridas inclinaciones, se entregan á las más duras austeridades, abandonan su familia, dan á los pobres sus bienes, y consagran gratuitamente sus personas al servicio de las más asquerosas miserias.

IV

OCTAVO HECHO. Adorando al Judío crucificado, ha ganado el mundo extraordinariamente en luces, en virtudes, en libertad, en civilización.

Testigo el más pequeño niño cris-

tiano, que sobre lo que únicamente importa saber al género humano, Dios, la Providencia, el hombre, su naturaleza, sus deberes, su fin, sabe mucho más que los grandes filósofos del mundo antiguo, Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca.

Testigo la más ignorada aldea cristiana, en la que se encuentra más dignidad para el hombre, más libertad para la mujer, más seguridad para el niño, que la que se conocía en todo el mundo pagano.

Testigos todos los pueblos de Europa y América, que de bárbaros y salvajes que antes eran, han llegado á ser, adorando al Judío crucificado, los príncipes de la civilización.

Testigo el mundo entero, que manifiesta la luz, la civilización, y la libertad en todos los países que adoran al Judío crucificado.

V

NOVENO HECHO. Todas las naciones que no adoran al Judío crucifi-

ficado permanecen envueltas en las tinieblas de la barbarie, encadenadas en los lazos de la esclavitud, estacionarias en la marcha de la civilización.

Testigos los Chinos, los Judíos, los Turcos, los Árabes, los Negros, los Oceánicos; en una palabra, testigo el mundo todo.

VI

DÉCIMO HECHO. Ninguna nación ha salido ni sale de la barbarie *ilustrada* ó ignorante, ninguna rompe las cadenas de la esclavitud, ninguno camina en la senda del progreso, sino adorando al Judío crucificado, y á proporción del fervor con que le adora.

Testigos todas las naciones antiguas y modernas, testigo la historia universal.

VII

UNDÉCIMO HECHO. Toda nación que deja de adorar al Judío crucificado, comienza por perder sus costumbres, su paz, su prosperidad, y conclu-

ye por desaparecer ó recaer en las tinieblas de la barbarie, en las cadenas de la esclavitud, y por retroceder en el camino de la civilización; y esto en razón directa de su abandono del Judio crucificado.

Testigos todas las naciones del Asia y del África en las que la ignorancia disputa con la degradación.

Testigos las naciones de la Europa moderna, donde todo es turbación, malestar, odio, confusión de ideas y sistemas, revoluciones y trastornos.

VIII

DUODÉCIMO HECHO. El Judio crucificado permanece sobre los altares del mundo civilizado hace dieciocho siglos, á pesar de los formidables ataques renovados sin cesar, de los tiranos armados del hacha, de los impíos armados del sofisma, de los satíricos armados del sarcasmo, de los hombres perversos armados de todos los instintos brutales de la naturaleza corrompida.

Por una excepción única en los anales del mundo, el Cristianismo subsiste en medio de las continuas agitaciones y trastornos que han cambiado veinte veces la faz del mundo, que han arrastrado los imperios, las repúblicas, los mejores sistemas, las más firmes instituciones; en una palabra, se mantiene amado y adorado, á pesar de la inflexible ley de muerte que pesa sobre todas las obras humanas, dejándolas solamente una existencia pasajera.

Tales son los hechos visibles, palpables, permanentes, que resultan de este otro hecho.

EL MUNDO ADORA Á UN JUDIO CRUCIFICADO.

CAPÍTULO XXIII

Doble explicación

I

¿Cómo se explican estos hechos increíbles?

Muy fácilmente, responde el cristiano.

La adoración durante dieciocho siglos de un Judío, y de un Judío crucificado por todas las naciones civilizadas del globo, es un misterio cuya profundidad hace vacilar la cabeza del que la quiere medir; esto es verdad.

Los demás misterios del Cristianismo no son menos impenetrables á la razón: esto es también verdad.

Las leyes de la moral cristiana exceden evidentemente las fuerzas *naturales* del hombre; esto es cosa que todos sentimos.

II

Comprendo, sin embargo, muy bien la adoración de un Judío crucificado, la creencia de los impenetrables misterios del Cristianismo, la adopción de su severa moral por los mejores genios y por los pueblos más grandes del mundo.

Jesús de Nazareth es el hijo de Dios, Dios mismo: he ahí el secreto.

III

Siendo omnipotente, ha triunfado por los medios más débiles de los mayores obstáculos. Fuente de luz y de virtudes, ha derramado sobre el mundo una parte de estos dones divinos, y el mundo ha creído y ha obrado. Creyendo y obrando, se ha elevado á la más alta perfección religiosa, política y social.

IV

Cuando el mundo no se acerca á este Dios, fuente de toda luz y principio de toda perfección, permanece en la degradación y en las tinieblas. Cuando se separa, recae en su primer estado de abyección y de miseria, como la tierra en las tinieblas de la noche, cuando se oculta el sol en el horizonte.

En una palabra: Es obra de Dios. Hay en ello milagro: esto lo explica todo.

V

Los milagros son cuentos de mujer-

zuelas, contestan los incrédulos, jamás han existido, sino es en la imaginación de un impostor, y en la creencia de los tontos.

La verdad es que el mundo se ha convertido sin milagros. Por consiguiente, Jesús de Nazareth no es Dios, ni hijo de Dios. Es solamente un Judío como cualquiera otro Judío, un hombre como los demás, un filósofo como los demás filósofos, con algo más talento ó habilidad. Los apóstoles eran doce pescadores, como los demás pescadores: Dios no estaba ni con él ni con ellos.

VI

Resuelven, pues, de esta manera el problema: «Dado un Judío crucificado, con doce pescadores enviados por él á predicar su doctrina, el mundo ha debido necesariamente convertirse y adorar, como al único Dios del cielo y de la tierra, á este Judío crucificado. Hay una proporción evidente entre el efecto y la causa, entre los

medios y el fin. Nada hay en ello de sobrenatural ni de divino. Todo es muy sencillo, muy natural, muy conforme con las leyes de la lógica.»

Aceptamos esta solución, cuyas consecuencias pondrán de manifiesto su admirable exactitud.

CAPÍTULO XXIV

Consecuencias

I

PRIMERA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que un Judío crucificado, ayudado por doce pescadores, sin instrucción, sin dinero, sin protección, sin crédito, haya persuadido, en pleno siglo de Augusto, al mundo entero, á derribar sus ídolos, á quemar sus templos, á cambiar sus leyes, á purificar sus costumbres, y á hacerse adorar como Criador del mundo y el único Dios del cielo y de la tierra, que había sido crucificado entre dos